

con toda su alma, y la misma exaltación de amor la defiende contra toda sorpresa de la carne. Seguro estoy de que la palabra placer no tiene para ella sentido alguno, fuera del término esencial de cariño. Es tan fieramente pudorosa, que impone respeto. ¡Y al mismo tiempo tan arrulladora! Ahí está el mal; porque el hombre tiene indudablemente una castidad, digamos de ley inferior á la de la mujer, un fermento febril que se coló en el barro, cuando el alfarero, aquella tarde después del Ramayan, moldeó la frágil vasija humana... y estas caricias, medio de madre, medio de niña, encienden en la sangre de este pobre sabio ardores de deseo que acaso á ella le cueste un poco de trabajo justificar, porque no los comprenda; sin embargo, no se sorprende ante ningún apasionamiento, y siempre está de buen humor, y siempre sonríe, y siempre se conmueve, porque en el fondo sigo estando seguro de que me quiere más, mucho más que yo á ella. Y por eso mismo me da á veces un como leve remordimiento aprovechar su amor para satisfacción de una sensualidad, si disculpable—¡es una sarta de limpios

corales esta criatural—acaso no del todo legítima. Por eso suelo ser en el trato exterior un poco frío, y hasta sonreír con aire de ironía ante sus apasionamientos sentimentales, y ella se suele molestar un poco, y hasta me ha confesado que algunas veces le entran unos deseos rabiosos de arañarme. ¡Si ella supiera que todo ello no es más que miserable y dolorosa defensa contra el sortilegio de su carne joven, que hasta en la argentería de su voz ¿qué digo? hasta en la inmaterial ondulación de su pensamiento trasciende en tentación para este pobre barro tan suyo... tan suyo...!

* * *

¡Qué maravillosa mujer será dentro de quince años! ¡Y cómo entonces podría hacer, no ya la simple felicidad, sino la «dignidad» de una vida de hombre, que supiera entenderla y merecerla! Hace tres días que está en su casa, porque su padre se ha puesto enfermo y ella se ha ido á cuidarle, y hace un frío en la calle y aquí dentro... Pienso que dentro de esos quince años acaso estaré yo tan enfermo como ahora su padre, y toda la luz de su claro espíritu se empleará en

buscar alivio á mis achaques. Me indigna imaginarlo, porque, en realidad, no tengo derecho... pero el caso es que si pienso que, cumpliendo con mi obligación de hombre honrado, me he muerto para entonces, y otro goza la luz de sus serenos ojos, me entra una melancolía tan absurda... que vale más no pensar en ello... Vayamos á buscarla.

* * *

¿Celos? No, por cierto. ¿De quién ni para qué? Ella es de una fidelidad incomparable, y toda su vida va corriendo delante de mí, como agua, con limpidez y sencillez. Creo que cuando una mujer nace honrada, lo es hasta el fin, inevitablemente. Y la mía ha nacido de la más pura cepa española, en esto de austeridad: no hay filosofías que puedan con ella; lo bueno es bueno y lo malo es malo sin vuelta de hoja; ella podrá dudar metafísicamente de su misma existencia, pero en la práctica, ni aunque la descuarticen, falta á sabiendas á un solo mandamiento de la ley de Dios. Luego no son celos, sino malestar, porque el que ella tenga veinte años y yo cuarenta y seis no me parece razón suficiente para que el mundo entero haya decidido,

al parecer, que ella deba engañarme y yo deba sufrirlo con paciencia.

* * *

Todo el mundo la quiere: es natural. A casa vienen siete veces al día sus siete hermanos, y, si no pareciese demasiada atrocidad, sería cosa de pensar que los siete están un poco enamorados de ella. Y esto que á los siete hermanos les ocurre, le sucede igualmente á todo hombre que acierta á ponérsele al paso. A los viejos les entra una afectuosidad paternal sospechosa; á los jóvenes un entusiasmo más sospechoso todavía; á los de media edad una devoción intolerable. Todos me miran con cierto rencor mal disimulado, como si fuese yo, sin merecimiento alguno, monopolizador de algún tesoro que hubiese de pertenecer al dominio público. Media Europa llevamos corrida en dos años con el mismo resultado alterante; la opinión es unánime. Ciertamente que no deja de tener su picantillo agradable el ser marido de una mujer que le envidian á uno tantos que acaso la merezcan: toda calamidad tiene, si bien se mira, un lado sabroso y, á días, pensando en todo esto me río con bastante sinceridad, y en apariencia

me reiré siempre, porque antes morir que darles á ellos el gusto de haber logrado hacerme rabiarse y á ella el disgusto de pensar que ha podido hacerme pasar un mal rato... Sí, sí, el único gesto que en mi caso puede resultar airoso es el de una sonriente ironía. ¿Mi mujer les parece á ustedes de perlas? Lo sé, señores míos, pero no me importa, puesto que, á la hora de los adioses, ustedes se van y yo me quedo, con mis cuarenta y siete años, cierto, ciertísimo, pero con sus veinte, aunque á ustedes les parezca inmoral.. Sonreiremos... sonreiremos, aunque la verdad es que estoy de ramitos de flores, tanto naturales como retóricas, hasta más arriba de las canas, que ¡ay de mí! empiezan á platearme la cabeza con apresuramiento desconsolador.

* * *

Tiene arranques que valen un imperio: el donaire con que ha puesto de patitas en la calle á su primo y ex-novio es digno cuando menos de una corona. Al tal Marianito le tenía yo atravesado en la garganta, ni más ni menos que una espina: con el achaque del parentesco, y dándoselas de corazón genero-

so, había logrado conservar la amistad de la niña, y era ello un menudeo de miraditas lánguidas que, francamente, me ponía los nervios de punta; á ella, que sin embargo es tolerante, también le ha llegado á alterar el sistema nervioso la presunción del nene, y ayer, volviendo á casa, me la encontré excitada, sofocadísima, y con una cara muy de mujer, que afecta poner cuando llegaran los que ella llama «grandes momentos». A mí «¿qué te sucede?» un poco inquieto, me contestó muy seria: ¡Qué he mandado á paseo al majadero de mi primo!—¡Qué abrazo la hubiese dado de buenísima gana! Pero, fiel á mi táctica de indiferencia, sonreí amablemente, murmurando: ¡Es usted demasiado cruel, mi señora doña Teresita! Pobre muchacho...—¡Pobre demonio!—exclamó ella con indignación cómica. Y luego, acercándose á mí:—¿No me lo agradece vuestra señoría, señor doctor?

—Muchísimo.

—¿Nada más que muchísimo?

—¿Quieres que me arrodille para darte las gracias?

—No tanto; pero un poquitito más de entusiasmo...

¡Y hacía una mueca tan linda de chi-

quilla mimosa y enojada! El hombre es débil: la expresión de mi agradecimiento alcanzó el más subido grado de elocuencia; y mientras yo iba fervorosamente agradeciendo, ella se reía, se reía... ¡Es un ángel!

* * *

«¿Tú quoque?» Decididamente hay que tomar la humanidad á risa, si no quiere uno hacer de la vida la más lamentable de las tragedias; porque de pararse á pensarlo, con sentido siquiera levemente transcendental, es verdaderamente trágico el que una cosa al parecer tan sencilla como mi sencilla felicidad pueda hacer la desgracia de otro hombre, acaso de otros varios que, después de todo, tienen el mismísimo derecho que yo á ser felices y á fundar su felicidad sobre la misma base de la mía. En estricta ley de fraternidad, debiéramos repartir hasta la dicha, pero puesto que la inhumana ley de humanidad decreta que la dicha deje de serlo en cuanto cesa de ser exclusiva... Afortunadamente no soy filósofo ni socialista, porque sería grave cosa esto de ponerme yo mismo en contradicción con mi propia individualidad teórica... Sonriamos una

vez más: es el caso que ayer, llegando á la Universidad, me encontré con que los señores alumnos habían decidido protestar contra no sé qué desmán pedagógico del ministro de Instrucción Pública, declarándose en huelga, y nuestro amable rector, dándoles la razón, cerró las aulas. Volvíme, pues, á casa con toda placidez; entré; mi mujer no me estaba esperando en la escalera, cosa muy natural puesto que no esperaba verme volver tan pronto; busquéla y la encontré en su cuarto, sentada en el suelo como de costumbre, leyendo un puñado de cuartillas... y llorando con la más indudable desolación. Grandemente turbado, puesto que era la primera vez que la veía triste, precipitéme á averiguar la causa de sus lágrimas, y entonces sucedió una cosa inaudita: turbóse, quiso negar el llanto, fingir alegría, reír... y esconder las cuartillas debajo del sofá en que estaba apoyada.

—No, Teresita, no—dije yo, lleno de sobresalto sin saber por qué, rechazando el abrazo en que intentaba envolverme: tú estabas llorando cuando yo entré aquí, y quiero saber quien tiene la culpa.

—Nadie—replicó ella:—nadie tiene

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

la culpa: lloro porque soy tonta y nada más.

—Lloras—insistí yo—por esos papeles que estabas leyendo.

—Sí que es verdad—respondió ella bastante confusa, bajándose á coger las cuartillas y apretándolas luego contra sí como si quisiera defenderlas.

—¿Y se puede saber lo que dicen, que tanto te conmueve?

—No—replicó serenándose de pronto, como si hubiese tomado una gran resolución.

—Es que yo tengo derecho á saberlo —dije un poco amoscado.

Ella hizo un mohín de apesadumbrado asombro:—Es que no te lo debo decir, afirmó.

Y al afirmarlo, tenía en los ojos tal luz de honrada y noble serenidad, que preciso hubiera sido ser rematadamente necio ó decididamente mal hombre para dudar de su rectitud de conciencia un solo momento; yo, sin embargo, tuve el valor de fingir que dudaba y me puse á mirar por la ventana con un «¡No hablemos más!», del peor gusto posible; pero todo hombre es imperfecto, y ya que no el temor, me atenaceaba el cerebro la curiosidad de saber el por qué de las

lágrimas de una mujer, que además de ser mía, no llora nunca. Ella, entre tanto, colocó las cuartillas sobre su mesa y puso encima un libro; luego se acercó á mí y me cogió la mano:

—¿Te has enfadado conmigo?

—No.

—Te has enfadado, y haces mal, aunque yo comprendo que puede que tengas motivo, en apariencia, para enfadarte.

—Si lo comprendes...—comencé yo.

—¿Por qué no lo remedias?—terminó ella.—Porque no se debe hacer traición á nadie.

—De tí para mí no hay traición que valga. ¿Qué piensas?

Se había puesto muy seria muy seria, y luego sonreía.

—Si estuviera segura de que no te enfadabas... porque verás... hay cosas que me dan tanta rabia... no, muchísima más rabia que á tí... pero esta no... ¿sabes?... esta no, porque da muchísima lástima...

Y vuelta á llorar: en vista de lo cual, juré por sus divinos ojos no enfadarme, y cumplo mi palabra, aunque las famosas cuartillas, al parecer escritas con la mayor sinceridad, son de mi buen Teófilo, y dicen como sigue:

«Cada día es ella más bonita y más buena, y yo más infeliz; porque cada día la quiero más y cada día me da más cargo de conciencia quererla; y si cuando la veo á ella sola me parece que sería hasta un crimen dejarla de querer, cuando veo solo á mi padrino, no encuentro palabra bastante denigrante para vituperar yo mismo mi propia ingratitude, y cuando los veo juntos... cuando los veo juntos no me parece nada sino que la tierra se hunde y el cielo se desploma, y que valiera más no haber nacido. Al principio tenía una esperanza: Puede que quieran vivir solos—pensaba yo—y me mande á pasear; esperanza, digo, por decir algo, pero en cuanto me ponía á esperarlo era poco menos que acabar de vivir; malo es verla de otro, pero ¿y no verla? Afortunadamente, es decir, por desdicha, no se les ha ocurrido que yo estoy de más; tan poco soy que ni siquiera estorbo, y aquí estamos todos, es decir, aquí están, porque lo que es yo como si no estuviera; y gracias á Dios que «ausente de mí mismo»—esto de ausente de mí mismo es cosa que ella dice algunas veces—gracias á Dios ó al diablo, digo, que ausente de mí mismo ó como sea, la

tengo delante, por lo menos ocho de las veinticuatro horas del día; porque cuando al padrino le da por viajar, y se van por esas Inglaterras y esas Alemanias en busca de ciudades lacustres y otros esparcimientos prehistóricos, no quiero pensar en como se queda esta casa y en como me quedo yo dentro de ella; verdad es que entonces tengo el consuelo de llorar á gritos, porque ahora ¿quién se atreve á llorar ni á poner mala cara? En cuanto me ve un poco triste, me pregunta:—¿Qué te pasa, Teófilo?—Me llama de tu, porque el padrino se lo dijo; después de todo, Dios le bendiga, porque buen corazón sí que le tiene, y buenas ocurrencias también algunos días. —¿Qué te pasa, Teófilo?—Digo yo que lo mismo se lo preguntaría á un pobre de pedir que llamase á la puerta, y que no tiene nada de particular que me lo pregunte, pero á mí me da un gusto tan empapado en pena el oírsele preguntar, que prefiero no oírlo, y en cuanto me da la melancolía, pongo una cara tan satisfecha, que ayer me la ví en el espejo al pasar, y á mí mismo me hizo llorar de risa.»

«Ella se ríe siempre, pero no de mí, ni

de nadie, sino de todo. Esto parece una paradoja, pero no lo es: se ríe sin duda porque no lo puede remediar: esta mala razón la he inventado para no confesarme á mí mismo que se ríe porque es feliz; porque, á pesar de que la quiero tanto, me da demasiada tristeza pensar que se ríe porque es feliz, sin tener yo nada que ver en su felicidad; se ríe, digo, de todo, á todas horas, pero no se ríe de nadie, y con todo el mundo es tan cariñosa; demasiado; yo creo que no debiera serlo tanto con tanta gente; bueno que lo sea con el padrino; aunque me duela, al cabo ella le quiere, y es natural, y con sus hermanos, porque son sus hermanos y es natural también, aunque algunas veces se ponen bastante insoportables con esos aires que se dan los siete de quererla más que nadie en el mundo, como si hubiera hermanos, ni padre, ni madre, ni marido capaces de quererla como yo la quiero sin decirselo á nadie, ni á ella. ¡Ni á ella! Seguro estoy de que tantos como hay que dicen que la quieren no tendrían constancia de quererla si no se lo pudieran decir; porque una de las cosas mejores del cariño es la dulzura del decir «Te quiero, te quiero, te quiero... vida mía!» Yo he

inventado toda una letanía de cariños, y bien de noche, cuando ella de seguro está dormida, hago un hoyo en la almohada, y allí los voy gritando todos; gritando, sí, porque la pluma, cuerpo mal conductor, es discreto, y se traga los gritos tan bien como el más trágico de los abismos, y no dice nada.»

«... Pero si la pluma no dice, es posible que cualquier día de estos diga yo una barbaridad, porque no hay silencio que resista á la dulzura abominable de esta suavidad suya, de esta presencia sonreidora que continuamente le atormenta á uno el corazón, no sé si como una caricia ó como cien mil puñaladas. Hay detalles horribles, y lo tremendo es que no son los malos sino los buenos los que á mí me dan más ganas de morir. Por ejemplo: resisto con bastante valor el que ella, al despedir á mi padrino, le abrace en la escalera; pero cuando, como ayer sucedió, me duele la cabeza á más no poder,—ahora he dado en la gracia de tener jaqueca casi todas las noches y vértigos casi todas las mañanas,—y ella se entera y, antes de acostarse, entra en mi cuarto con mi tía Ramona, y me obliga á tomar un sello

de antipirina, y me pone la mano en la frente para saber si tengo calentura, la mataría de muy buena gana... ó me mataría yo, que es lo que habrá que hacer, más tarde ó más temprano, lo estoy viendo. Lo malo es que no está uno seguro ni mucho menos de la existencia de «un mundo mejor». Y si con el *tivito* se acaba todo, nos hemos lucido... porque lo que es no verla, no verla, aunque se muera uno de tristeza de estarla viendo, eso sí que no.»

Cuando terminé la lectura, ya Teresita no lloraba, pero estaba muy seria, y yo también; y me exigí no sé cuantas palabras de honor de que no me enfadaría con mi insigne ahijado, «porque—afirma y puede que tenga razón,—bastante desgracia tiene el infeliz, y los que por incomprensible privilegio somos felices en este planeta de desdichas, estamos obligados á compadecer á los que no lo son, mucho más si nuestra propia felicidad tiene la culpa de su desdicha, y «alter alterius ónera portate», dice que ha dicho no sé cual de sus santos padres. Cuando dice latines se pone más bonita que nunca, cosa que puede parecer paradoja, como dice mi enamorado disci-

pulo, pero que es verdad. Y como su doctrina es absolutamente lógica, aunque un poco difícil de poner en práctica, porque la misericordia no suele ser achaque de humanos corazones en lances de rivalidad amorosa, prometí lo que quiso, y, con toda calma me dispuse á echar una peluca á nuestro impresionable Teófilo, antes de devolverle sus cuartillas, que Teresita, revolviendo papeles en busca de unas notas sobre los microlitos, había encontrado en su cartapacio.

* * *

Pero antes de que yo me hubiese decidido á llamarle, vino él á mi presencia demudado y nervioso; el infeliz, de vuelta á casa, había sin duda echado de ver la falta de las denunciadoras cuartillas en su cartapacio, y juzgándolo todo perdido, quiso salvar al menos el honor.

—Padrino—me dijo, y le temblaba, no sólo la voz, sino todo el cuerpo—no se enfade usted por lo que le voy á decir, ni me llame usted ingrato, que no lo soy, porque bien sabe Dios que no quisiera querer lo que quiero, pero no puede ser, y como sé lo que le debo á usted y lo que debo á mi conciencia de hombre honrado, me voy para siempre,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTREY, MEXICO